

Nuevo cine brasileño

por Antonio Gundin

## LOS JOVENES TESTIMONIAN LA VERDAD

LA quinta "Fasega del cinema latinoamericano" celebrada en Génova, y que probablemente haya sido la más importante realizada hasta la fecha, ha concluido coronando la obra de los nuevos cineastas brasileños y distinguiendo en particular un film ya conocido en el Uruguay y en cuya producción han participado uruguayos (Danilo Trelles; me refiero a "Vidas secas" de Graciliano Ramos que dirigió Nelson Pereira dos Santos y fotógrafo José Rosa, y que un jurado internacional ha consagrado "por la sinceridad y la precisión con que ha sido trasladada a la pantalla la novela de Graciliano Ramos").

Este "Gigante de Oro" ha sido discernido por Rafael Alberti (España), Gianni Amico y Ernesto C. Lausi (Italia), Louis Marcorrelles y Jean Roch (Francia) y Blaise Senghor (Senegal), en forma unánime, y ellos han concedido la otra distinción importante del Festival, la correspondiente a los cortometrajes, — se la Medalla de Oro — a La Palma Argentina de Fernando Elviri, "por la evocación poética de la emigración europea en Argentina".

Por su parte el jurado de la prensa en el cual participaba nuestro compatriota José María Fontana, ha preferido no otorgar distinción particular y distinguir in totum la vigorosa aportación del nuevo cine brasileño. Ha sido una corrección apreciable porque si bien ha habido muestras fragmentarias de talento, de invención, también las ha habido de aprendizajes aún torpe, de experiencias ajenas no enteramente asimiladas, de "gigantismos" inteligentes, no más, pero todo ello compone un hecho insolito en la cinematografía brasileña y latinoamericana, que debe subrayarse. Pocos saben, o tienen clara conciencia, que el Brasil es un país único en el mundo, donde la mitad de la población, o sea unos cuarenta millones de hombres, tiene menos de 25 años de edad. Esta increíble juventud ha venido acompañada de manifestaciones artísticas — y desde luego políticas y sociales, igualmente — que en los últimos años se han multiplicado a la vez, pero no hay duda, aun frente a los evidentes defectos de su producción artística, que es más vigorosa, actual, por momentos sobrecogedora fuerza creadora del país vecino. Es un país de jóvenes, que ellos quieren hacer a su medida y de acuerdo con sus exigencias e incomplejas concepciones que los distinguen. Como un "gigante enfermo" se ha definido al Brasil; ¿por qué no llamarlo el "bebé en patines"?

Es natural que estos jóvenes que llegan al cine acostados con coraje y lealtad la situación actual de su país, y al mismo tiempo no ahorren esfuerzos por encontrar un lenguaje vital, moderno, incluso vanguardista, para expresar la conflictualidad y la fabulosa riqueza inventiva de su pueblo. Es natural también que los hombres y las estructuras envejecidas que son hoy los "sombreros" no puedan comprender la verdad y la urgencia de un pueblo, joven como lo son pocos pueblos en el tierra.

Una anécdota ilustra esta situación. La muestra de "Nuevo cine brasileño" fue proyectada en privado para las autoridades brasileñas en Roma que quisieron enterarse de qué trataba el "pega" que el "sombrero" venía en forma regular y aun diplomática, por conducto oficial. El embajador del Brasil en Roma, un buen señor anciano, esos productos que las puestas carteras de Hamaruy entregan al mundo, vio la perspectiva tremenda, seca, dolorosa, desesperada de Vidas secas y comenzó a protestar en alta voz: "¿Pero qué es esto? Todos estos miserables, estos hambrientos, no son el Brasil. Se pretende ultrajar a mi país". Las explicaciones fueron inútiles y como ya estaba acordado que el film se proyectaría, el embajador pareció preferir tomar los datos necesarios al futuro encusamiento de los responsables, luego formalmente: "¿Y quien ha hecho esto?" Cortesmente, quizás irónicamente, alguien musitó: "Es una obra de Graciliano Ramos", y el embajador respondió: "¿Es el autor de la novela del señor Graciliano Ramos?". Esto punto bien la situación actual.

No se sabe si por estas miradas protestas, o por cautelas de buena vecindad, dos films fueron excluidos: uno de cortometrajes, el cortometraje fulminante, que lleva al pie la fecha, marzo de 1964, como un índice claro de su actualidad. "Mayoría absoluta" que en lenguaje sibilino sobre la vida en el "sertão" donde acri-



"VIDAS SECAS": JANO DE ORO PARA BRASIL

tes y aciertos se combinan por partes iguales, *Humano o diabo no terra do sol*, obra de un jovenísimo director, Glauber Rocha, al frente de un equipo igualmente "bebé". La obra, compuesta a partir de una canción popular — lo que llamarían los "espaholes" un romance de ciegos — historia, sin fijarlo exactamente en el tiempo, pero evocando una época de comienzos de siglo, después de la derrota de la famosa revuelta de los "cangaceiros", los distintos y errados caminos que sigue un sertanero, Manuel, a la búsqueda de su salvación y la de su gente. Después de "desgraciarse", como nuestro Juan Moreira, por una injusticia, es decir, después de matar a un patrón porque le ha negado lo que era suyo, comienza esa búsqueda, torpe, erróneamente, tal como corresponde a su ignorancia y a su ardiente afán de una vida mejor, menos miserable (y hasta que extremos llega esa miseria es imposible transmitirlo por escrito; sólo las imágenes pueden ilustrarlo), que encuentra primero en uno de los profetas populares, aquí Santo Sebastião, que arrastra a las masas con el anuncio de un milagro que transformará el "sertão" en mar, y dentro de él surgirá una isla con ríos de leche donde beberán los niños. Fracaso este camino ante el horror del sacrificio de los inocentes que el Santo exige para rescatar la sangre de Jesús, encuentra otro camino en una banda de cangaceiros, dirigida por Corisco, discípulo del Lampião, donde también verá repetirse la crueldad hasta extremos verdaderamente intolerables (la castración y la lenta muerte infligida a un coronel en venganza por un castigo que su padre ejecutara sobre el cangaceiro cuando niño) para por último comprender, en los últimos segundos del film, tal como canta el romance popular que acompaña su carrera, que la tierra es del Dios y del Diablo, que la tierra es del hombre y para el hombre.

Estáticamente la obra contiene admirables fragmentos, pero también insportables imitaciones del cine Eisenstein (en *Irreversible*) y un diálogo engolado, entre Montherlant y Sartre, sobre el destino, la crueldad y la muerte. Glauber Rocha, que él y juntos participamos en una discusión que nos pidió Aristarco para "Cinema nuevo". Viéndolo se comprenden muchas cosas: en primer lugar su increíble talento futuro, porque Glauber Rocha tiene ahora 26 años, y su film fue hecho — y producido por él mismo — en los 25 y los 26 años. A esta edad, es difícil atribuirse en buena parte los éxitos de una mimetización demasiado evidente sobre los grandes obras del cine extranjero, incluyendo Fudókin, Eisenstein y los films japoneses de Kurosawa. La primera parte sobre la vida religiosa, que evoca varias secuencias famosas de Eisenstein en sus films sobre México y en sus "tonnes" de las formas supersticiosas de

la vida rural, son extraordinarias. Luego el "tempo" del film se ralentiza, los autores suplen las imágenes, y Glauber Rocha se entrega gozoso a los virtuosismos; cuando la cámara comienza a girar alrededor de una pareja que se besa se alcanza una verdadera inconsciencia estútica; cuando el miserable Manuel se opone a correr sobre las áridas tierras del "sertão" y el cineastor canta en el más alto y repetido registro su melodía popular, el espectador se siente penetrado de la profunda emoción del desmorino. Estos aciertos son los que deben considerarse. Vista la juventud del realizador, para compensar los errores de montaje, de diálogo y de la técnica lenta y barroca de la elaboración.

HABIA un cortometraje casi escondido, que se pasó en privado, pero que las autoridades resolvieron por último se conociera públicamente en la sesión de clausura, se trata de *Mayoría absoluta*, dirigido por León Hirszman, fotografiado por Luiz Carlos de Barros Saldama, que levantó una ovación interminable en una sala que se había sentido conmovida como lo estoy a lo largo de todo el Festival por estos 25 minutos de cine. El film es la vida más que un reportaje, tanto a las felices gentes de las playas de Copacabana, a los señores de empresa, a las burocracias, como a los campesinos. Si las primeras secuencias apelan sutilmente a un tono irónico, algo convencional y demasiado "preparado" de antemano, los reportajes a los campesinos, tomados directamente en las conasadas dificultades de sonido, enfoque, movimiento de cámara, etc. sustituyen estas precariedades por un tono veraz, directo, austero, viril (que no está meramente en el testimonio sino que fluye de las mismas formas estilísticas del cortometraje), que toca directamente, no diré a los hombres de izquierda, sino simplemente a los hombres honrados que no pueden soportar la injusticia, ni la miseria, ni la explotación, y que creen que una vez adquirida esta convicción "algo" debe hacerse por esa "inmensa mayoría" de abandonados sobre la cual descansa la comodidad de los mentes.

El Brasil tiene ochenta millones de habitantes, — dice el film —, de los cuales la mitad son analfabetos. De esos cuarenta millones, hay 25 que tienen más de 18 años y que, por los términos de la ley, deben votar. Son ellos los que integran la "mayoría absoluta" del país, los que siembran y cosechan para otros, los que no cuentan su vida ator, de cara a la cámara, los que sólo reclaman, ellos que siembran la fatiga, que se les dele un kilo para alimentar a la familia, no cuentan sus curules, envíanlos miles que cuentan sus abortos; campesinos duros que ex-

(Pued. 1 pte. Nacional)

# LOS JOVENES TESTIMONIAN...

(Viene de la pág. anterior)

plican sus horas de trabajo; niños que desde la infancia van al campo, que no serán alfabetizados, que no podrán votar, que no serán reconocidos como ciudadanos; negros que casi cantan cuando cuentan que sólo disponen de unos viejos zapatos gastados. Todos ellos pasan bajo una cámara implacable, y luego la inmensa mole de Brasilia, las discusiones tumultuosas del Parlamento, y por último los campesinos que vuelven al trabajo: "Aquí el film termina —dice el relator— pero vuestras vidas y las de ellos continúan" y la frase, pronunciada sobre un paisaje matinal donde mujeres y hombres van de nuevo al duro trabajo hizo poner de pie a una platea conmovida, que sólo tenía aplausos —¡qué poca cosa, Dios mío!— para manifestar su solidaridad con el pueblo brasileño, con el pueblo explotado, punto.

Con todos sus errores, sus defectos, sus maticismos, no creo que haya hoy, en toda Amé-

rica, ninguna cinematografía que pueda compararse —porque no se trata solo de los films mencionados, sino del tremendo Los fusiles sobre cómo es guardada la riqueza en el nordeste brasileño oponiéndose al pueblo que reclama comida, o la serie de cortos sobre la vida en las "favelas"— y en buena parte es la obra de gentes muy jóvenes, que están pasando su etapa de experimentación que es, al mismo tiempo, la de una toma de conciencia nacional. Antonio Cândido que estaba a mi lado durante la proyección de Deus e o diabo na terra do sol me daba su preciso testimonio sobre la verdad histórica, geográfica, religiosa e ideológica de la película. Pero todo el cine brasileño es hoy cine testimonio; sus jóvenes realizadores sienten, por encima de todo, que a ellos se les reclama, como alguien más grande, más humilde y más sabio que todos nosotros dijo, dar testimonio de la verdad, y esta es la atroz verdad de la tierra brasileña. De la ultrajada tierra latinoamericana